

LIBRO CUARTO.

LA CASUCHA DE CUERVO

I

Maese Cuervo.

Hace cuarenta años, el transeunte solitario que se aventuraba entre los extraviados barrios de la Salpêtriére y que subía por el boulevard hasta la barrera de Italia, llegaba á donde se hubiera podido decir que París desaparecía. No era por la soledad, puesto que había transeuntes; no era por el campo, puesto que había casas y calles; no era aquello una ciudad, pues las calles tenían baches como las carreteras, y la yerba nacía en ellas; no era una aldea, pues las casas eran demasiado altas. ¿Qué era pues? Era un lugar habitado donde no había nadie; era un lugar desierto donde había alguien; era un boulevard de la gran población, una calle de París, más espantosa de noche que una selva, más triste de día que un cementerio.

Era el antiguo barrio del Mercado de Caballos.

Si el transeunte se arriesgaba á ir más allá de las cuatro paredes ruinosas del Mercado de Caballos, si consentía siquiera en pasar de la calle del Petit Banquier, después de haber dejado á su derecha un corral cercado de elevadas tapias, y un prado en que se levantaban montones de casca de tenería parecidos á chozas de castores gigantescas, y una cerca llena de pilas de madera de construcción, al lado de montones de troncos, aserraduras y virutas, sobre las cuales ladraba un gran perrazo, y una larga pared, baja, ruinoso, con una puertecita negra y enlutada, cubierta de musgo que se llenaba de flores en primavera; luego en el sitio más desierto un horrible y decrepito edificio en cuya fachada leíase en grandes y gruesas letras: SE PROHIBE PONER CARTELES, aquel paseante aventurero llegaba al ángulo de la calle de Vignes-Saint-Marcel, latitudes casi desconocidas. Allí, junto á una fábrica y entre dos tapias de jardín, se veía en aquel tiempo una casucha, que, al primer golpe de vista, parecía pequeña como una choza, y que era en realidad grande como una catedral. Presentábase á la vía pública de lado, por un cubo angular,

y de ahí su aparente exigüedad. Casi todo el edificio estaba oculto, y no se veía más que la puerta y una ventana.

Esta casucha no tenía más que un solo piso.

Al examinarla, el detalle que chocaba desde luego, era que aquella puerta no había podido ser nunca más que la puerta de un tabuco, mientras que aquella ventana, si hubiera sido de piedra de sillería en vez de piedra bruta, habría podido ser la ventana de un palacio.

La puerta no era otra cosa que un conjunto de tablas carcomidas, groseramente unidas por travesaños parecidos á troncos mal igualados. Daba esta puerta acceso inmediato á una escalera áspera de altos peldaños, llenos de lodo, yeso y polvo, del mismo ancho que la puerta, y que se veían desde la calle empinarse derechos como una escala, y desaparecer en la obscuridad entre dos paredes. Lo alto de la abertura informe que cerraba aquella puerta estaba cubierto con una tablilla estrecha, en medio de la cual habían aserrado un agujero triangular, que servía al propio tiempo de tragaluz y ventanillo cuando la puerta estaba cerrada. Sobre la hoja de esta última, un pincel mojado en tinta, había trazado de dos brochazos el número 52, y por encima de la tablilla el mismo pincel había borroneado el número 50; de suerte que nacía esta duda: ¿Dónde se está? La parte superior de la puerta dice: en el 50; la inferior replica: no, en el 52. Varios trapos de color de polvo colgaban como cortinajes del postiguillo triangular.

La ventana era ancha, suficientemente elevada, provista de persianas y hojas vidrieras con grandes cristales; sólo que éstos grandes cristales tenían varias heridas, ocultas á la vez y descubiertas por un ingenioso vendaje de papel; y las persianas, desunidas y desencajadas, mejor amenazaban á los transeúntes que resguardaban á los habitantes.

Las tabletas horizontales que faltaban, estaban cándidamente reemplazadas con tablas clavadas á lo largo, tanto, que lo que comenzaba por persiana acababa por postigo.

Aquella puerta, de aspecto inmundo, y aquella ventana, de aspecto decente, aunque deteriorada, vistas así en la misma casa, producían el efecto de dos mendigos desaparejados, que fueran juntos y caminaran codo á codo, con dos caras distintas bajo iguales andrajos, habiendo sido el uno siempre mendigo y el otro en otros tiempos un hidalgo.

La escalera conducía á un cuerpo de edificio vastísimo, que se parecía á un cobertizo convertido en casa.

Este edificio tenía por tubo intestinal un largo corredor, en el cual se abrían, á derecha é izquierda, aposentos ó compartimientos de varias dimensiones difícilmente habitables, puesto que mejor parecían barracas que celdas. Estas habitaciones recibían la luz de los solares baldíos de los alrededores.

Todo aquello era obscuro, incómodo, apagado, melancólico, sepulcral; cruzado, según estaban las rendijas en el techo ó en la puerta, por ráfagas frías ó corrientes heladas. La particularidad interesante y pintoresca de esta clase de viviendas, es la enormidad de las arañas.

A izquierda de la puerta de entrada, dando al boulevard, á la altura de un hombre, un tragaluz que estaba tapiado, dejaba un hueco ó nicho cuadrado, lleno siempre de piedras que arrojaban los muchachos al pasar por allí.

Una parte de este edificio ha sido demolida últimamente; mas por lo que res-

ta todavía puede aún formarse idea de lo que fué. El todo, en conjunto, apenas cuenta un siglo. Cien años son la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Parece que el asilo del hombre participa de su brevedad, y el asilo de Dios de su eternidad.

Los carteros llamaban á aquella casucha el número 50-52; pero era conocida en el barrio por el nombre de la Casa de Cuervo.

Explicaremos el origen de este nombre.

Los colectores de pequeños hechos que se convierten en herborizantes de anécdotas y que fijan con un alfiler en su memoria las fechas fugaces, saben que hubo en París, en el último siglo, hacia 1770, dos procuradores en el Chatelet, llamados Corbeau (Cuervo) el uno, y Renard (Zorro) el otro: dos nombres previstos por Lafontaine. La coincidencia era harto graciosa para que no sirviese de alegre divertimento á la gente de golilla. Recorrió inmediatamente la parodia, en versos algo cojos, las galerías del palacio de Justicia.

De un proceso en la rama,
muy ufano y contento,
ejecutoria en pico
estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
un Zorro muy maestro,
etc...

Los dos honrados curiales, incomodados por los epigramas y mortificada su dignidad por las carcajadas que les seguían á todas partes, resolvieron desembarazarse de sus apellidos tomando el partido de dirigirse al rey. La súplica fué presentada á Luis XV el día mismo en que el nuncio del papa por un lado y el cardenal de La Roche Aymon por el otro, devotamente arrodillados ambos, calzaron, en presencia de Su Majestad, cada uno con una chinela, los pies desnudos de madama Du-Barry al salir de la cama. El rey, que reía, continuó riendo; pasó alegremente de los dos obispos á los dos procuradores, é hizo á estos golillas gracia de su nombre ó poco menos.

Y por S. M. el rey fué permitido á maese Cuervo añadir un rabillo á su inicial y llamarse Guervo; pero maese Zorro fué menos afortunado, porque sólo pudo obtener cambiar la Z en P y llamarse Porro; tanto, que el segundo nombre, con ser á la vista una antítesis del primero, no dejaba de parecer en substancia lo mismo.

Ahora bien: según la tradición local, este maese Cuervo había sido propietario del edificio numerado 50-52 del boulevard del Hospital, siendo él mismo el autor de la monumental ventana.

De ahí el ser conocida aquella casucha con el nombre de casa Cuervo.

Frente al número 50-52 descollaba, entre los árboles del boulevard, un gran olmo, muerto en sus tres cuartas partes; casi en frente empezaba la calle de la barrera de los Gobelinos, calle entonces sin casas, sin empedrar, plantada de árboles raquíticos, verde ó llena de barro según la estación, la cual iba á parar precisamente á la muralla que cercaba á París. El olor de caparrosa salía á bocanadas de los tejados de una fábrica vecina.

La barrera estaba allí mismo. En 1823 el muro de circunvalación existía aún.

Esta misma barrera llenaba el espíritu de figuras siniestras. Era el camino de Bicétre.

Era por allí, donde en tiempo del Imperio y de la Restauración, entraban en París los condenados á muerte el día de la ejecución. Allí fué donde se cometió hacia 1829 aquel misterioso asesinato llamado "del portillo de Fontainebleau", cuyos autores no pudo descubrir la justicia, problema fúnebre que no ha podido aclararse, enigma pavoroso que no se ha descifrado. Dando algunos pasos, se encuentra la fatal calle de Croulebarbe, donde Ulbach dió de puñaladas á la cabrera de Ivry entre el ruido de los truenos como en un melodrama. Algunos pasos más adelante, se llega á los abominables olmos descabezados de la barrera de Saint Jacques, el expediente de los filántropos para ocultar el suplicio, la mezquina y vergonzosa plaza de Gréve de una sociedad mercachifle, que retrocedió ante la pena de muerte, sin atreverse á abolirla con grandeza ni á mantenerla con autoridad.

Hace treinta y siete años, al dejar á un lado esa plaza Saint Jacques, que estaba predestinada y que ha sido siempre horrible, el punto más triste tal vez de todo este triste boulevard era, el punto tan poco atractivo aún hoy mismo, donde se encontraba la casucha 50-52.

Las casas regulares de la clase media no han comenzado á aparecer allí sino veinticinco años más tarde. El sitio era melancólico. Por las ideas fúnebres que inspiraba, conocía cualquiera que se hallaba entre el hospital de la Salpêtrière, cuya cúpula se divisaba, y la cárcel de Bicêtre, que tocaba al portillo; es decir, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. En todo lo que la vista podía extenderse, no se distinguían más que los mataderos, el muro de circunvalación y algunas raras fachadas de fábricas, parecidas á cuarteles ó á conventos; por todas partes barracas y casuchas de tapia, viejos muros negros como mortajas, ó hileras de árboles paralelos, edificios tirados á cordel, construcciones monótonas, líneas frías y prolongadas, la tristeza lúgubre de los ángulos rectos. Ni un accidente de terreno, ni un capricho de arquitectura, ni un solo pliegue; era aquello un conjunto glacial, regular, feo. Nada oprime tanto el corazón como la simetría. Y es que la simetría es el pesar, y el pesar es el fondo mismo del duelo. La desesperación bosteza.

Si pudiera soñarse algo más horrible que el infierno en que se sufre, sería el infierno en que se fastidiara uno. De existir semejante infierno, su entrada habría podido ser ese trozo del boulevard del Hospital.

Así pues, al caer de la noche, en el momento en que la claridad desaparece, sobre todo en invierno, á la hora en que el cierzo crepuscular arranca á los olmos sus postreras y tostadas hojas, cuando la obscuridad es profunda y sin estrellas, ó cuando la luna y el viento clarean las nubes, este boulevard resultaba espantoso. Las líneas negras se hundían y perdíanse en las tinieblas como pedazos del infinito. El transeunte no podía abstenerse de recordar las innumerables tradiciones patibularias del lugar.

Aquella soledad, en la que se habían cometido tantos crímenes, tenía algo de horrible. Creía uno presentir lazos tendidos en aquella obscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecían sospechosas; y los largos huecos cuadrados que se distinguían entre los árboles parecían tumbas abiertas. De día era aquello feo; por la tarde lúgubre, de noche siniestro.

En verano, á la hora del crepúsculo, veíanse aquí y allí algunas viejas, sentadas al pie de los olmos en bancos enmohecidos por las lluvias. Aquellas buenas viejas pedían limosna cuando pasaba alguien.

Por lo demás, aquel barrio, que más bien tenía el aire de envejecido que de antiguo, propendía ya desde aquella fecha á transformarse. Ya entonces, quien hubiera querido verle debía apresurarse. Cada día iban desapareciendo detalles de aquel conjunto. En la actualidad, y desde hace veinte años, la estación del ferrocarril de Orleans está allí junto al viejo arrabal y le va acorralando. Doquiera que se levante en el límite de una capital una estación de ferrocarril, resulta la muerte de un arrabal y el nacimiento de una ciudad. Parece que alrededor de esos grandes centros del movimiento de los pueblos, con el rodar de las poderosas máquinas, con el respirar de los monstruosos caballos de la civilización, que comen carbón y vomitan fuego, tiembla la tierra llena de gérmenes y se abre para tragarse las antiguas moradas de los hombres para dejar paso franco á las nuevas. Las casas viejas se derrumban y las nuevas se elevan.

Desde que la estación del ferrocarril de Orleans ha invadido los terrenos de la Salpêtrière, las antiguas calles estrechas, inmediatas á los fosos de Saint Victor y al Jardín Botánico, se conmueven violentamente cruzadas tres ó cuatro veces al día por esas corrientes de diligencias, coches y ómnibus que, en un tiempo dado, hacen retroceder las casas á derecha é izquierda; pues hay cosas que parecen peregrinas cuando se anuncian, que son rigurosamente exactas. Y así como puede decirse en verdad, que en las grandes ciudades el sol hace vejetar y crecer las fachadas de las casas al mediodía, también es cierto que el paso frecuente de carruajes hace ensanchar las calles. Los síntomas de una vida nueva son evidentes. En aquel antiguo barrio provinciano, en los recodos más salvajes aparece el empedrado, comienzan á extenderse y prolongarse aceras, hasta allí mismo donde no transita nadie todavía. Una mañana, mañana memorable, en un día de Julio de 1845, viéronse de repente humear allí las negras calderas de asfalto; aquel día puede decirse que llegó la civilización á la calle de la Ourcine, y que París entró en el arrabal de San Marcelo.

II

Nido para buho y curruca.

Delante de la casucha de Cuervo fué donde Juan Valjean se detuvo. Como las aves selváticas, había elegido aquel lugar desierto para hacer su nido.

Buscó en el bolsillo, y sacó una especie de llave maestra, abrió la puerta, entró, la cerró después con cuidado, y subió la escalera, siempre con Cosette en los brazos.

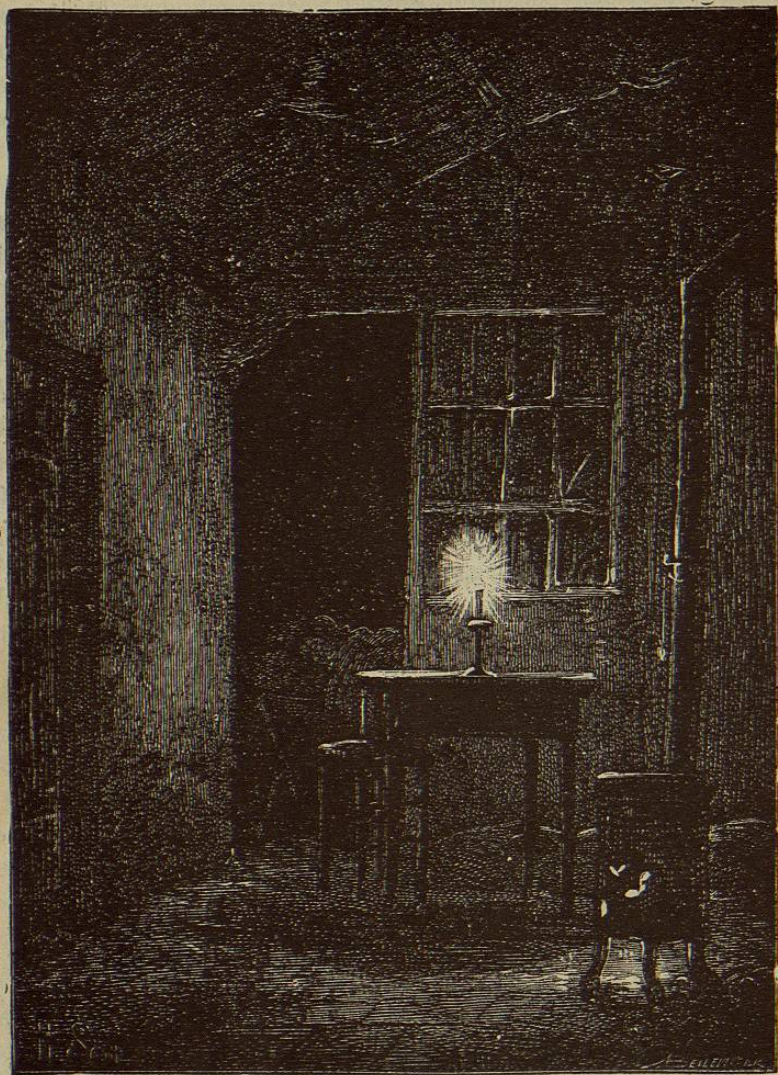
En lo alto de la escalera sacó del bolsillo otra llave, con la cual abrió otra puerta. El cuarto en que entró, y que cerró inmediatamente, era una especie de desván bastante espacioso, amueblado con un colchón puesto en el suelo, una mesa y algunas sillas. Una estufa encendida, cuyas ascuas se veían, estaba en un rincón.

El farol del boulevard alumbraba vagamente aquel pobre interior. En el fondo había un gabinete con una cama de tijera. Juan Valjean dejó á la niña en aquella cama, colocándola en ella sin despertarla.

Echó yescas, y encendió una vela; todo esto estaba preparado de antemano; y del mismo modo que lo había hecho la víspera, púsose á contemplar á Cosette

con una mirada llena de éxtasis, en la que la expresión de la bondad y del enternecimiento llegaba casi al extravío. La pequeñuela, con aquella confianza tranquila que no pertenece sino á la fuerza extrema, ó á la extrema debilidad, se había dormido sin saber con quién iba, y continuaba durmiendo sin saber dónde estaba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de aquella criatura.



Nueve meses antes había besado la mano de la madre, cuando también acababa de dormirse.

El mismo sentimiento de dolor religioso y punzante, llenaba su corazón.

Arrodillóse junto al lecho de Cosette.

Ya era muy entrado el día, y la niña seguía durmiendo.

Un pálido rayo del sol de Diciembre atravesaba la ventana del desván, esparciendo por el techo largas ráfagas de sombra y luz. De repente, una carreta de cantero, pesadamente cargada, que pasaba por la calzada del boulevard, conmovió la casucha como un trueno prolongado, haciéndola temblar de arriba abajo.

—¡Sí! ¡Señora!—gritó Cosette, despertándose sobresaltada.—¡Allá voy! ¡Allá voy!

Y arrojándose del lecho, con los párpados medio cerrados todavía por la pesadez del sueño, extendió el brazo hacia el ángulo de la pared.

—¡Ay, Dios mío! ¡Y mi escoba!—dijo.

Abrió entonces del todo los ojos, y vió el semblante risueño de Juan Valjean.

—¡Ah! ¡Calle! ¡Es verdad!—exclamó la niña.—Buenos días, señor.

Los niños aceptan, y se familiarizan inmediatamente con la alegría y la felicidad, siendo como son ellos naturalmente felicidad y alegría.

Cosette vió á Catalina á los pies de su cama, se apoderó de ella, y empezó á jugar. Y estando jugando, todo se le volvía hacer preguntas á Juan Valjean: ¿Dónde estaba...? ¿Era grande París...? ¿Estaba bien lejos la Thénardier...? ¿No volvería á verla? etc., etc. De pronto exclamó:

—¡Qué bonito es esto!

Era una horrible buhardilla; pero ella se sentía libre.

—¿Tengo que barrer?—preguntó por último.

—Juega, le dijo Juan Valjean.

Así se pasó el día. Cosette, sin inquietarse por comprender nada, se consideraba inexplicablemente feliz entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

III

Dos desgracias mezcladas producen la felicidad.

A la mañana siguiente al rayar el día, Juan Valjean estaba todavía al lado de la cama de Cosette. Esperó allí, inmóvil, y la vió despertarse.

Algo de nuevo penetraba en su alma.

Juan Valjean no había amado nunca nada. Hacía veinticinco años que estaba solo en el mundo. No había sido nunca padre, amante, marido, ni amigo. En presidio era malo, sombrío, casto, ignorante y feroz. El corazón de aquel antiguo presidiario estaba lleno de virginidades. Su hermana y los hijos de su hermana no le habían dejado más que un recuerdo vago y lejano, que había acabado por extinguirse casi enteramente. Había hecho cuantos esfuerzos había podido para encontrarlos, y no habiéndolo conseguido, los había olvidado. La naturaleza humana es así. Las demás tiernas emociones de su juventud, si es que las tuvo, habían caído en un abismo.

Cuando vió á Cosette, cuando la tuvo consigo, la llevó y la libertó, sintió removersele las entrañas. Todo lo que de pasión y afecto había en su alma, se despertó y precipitó hacia aquella criatura. Acercábase á la cama en que ella dormía, y temblaba de gozo; experimentaba arranques de madre, y no sabía lo que eran; porque es cosa muy oscura y dulcísima ese grande y extraño movimiento que se efectúa en un corazón que empieza á amar. ¡Pobre corazón, viejo y nuevo á la vez!

Solamente que, como él tenía cincuenta y cinco años y Cosette ocho, todo el amor que él hubiera podido tener en toda su vida se fundió en una especie de claridad inefable. Era la segunda aparición pura y diáfana que encontraba. El